

LAS PALABRAS

Discurso pronunciado por D. Manuel Seco, con motivo de la recepción del
XXIX Premio Internacional Menéndez Pelayo,
el 11 de septiembre en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP).

En cada momento de la vida de una lengua hay un gran contingente de usos que se retienen de los estadios anteriores; pero esa masa es un hervidero en que los usos constantemente suben y bajan; se desplazan de un lado a otro. Como decía un crítico inglés, cuando observamos una lengua «no contemplamos una diapositiva, sino una película». Esta realidad dinámica está bien plasmada en el título de un conocido libro de Emilio Lorenzo, *El español de hoy, lengua en ebullición*. Ebullición que, claro está, no es exclusiva de esta lengua, sino propia de todas.

Esa masa inmensa de usos retenidos del pasado tiene unos bordes sumamente vulnerables en que muchas células mueren constantemente para ser sustituidas por otras nuevas. El porcentaje de lo conservado es abrumador frente al de lo innovado; de ahí la imagen estable que la lengua presenta al observador ingenuo. Pero, en realidad, como decía Dámaso Alonso, «la lengua es como una cinta que se fuera destrabando por uno de sus extremos (los puntos donde obsolece) y urdiéndose por el otro (por donde se innova)».

Los cambios lingüísticos se producen «sin pausa, pero sin prisa». Ahora bien, la lengua está constituida por distintos niveles que no evolucionan a igual ritmo. Las causas del cambio siempre serán las mismas: las necesidades de la comunicación, que a su vez están subordinadas a la evolución de la estructura social. Pero la intensidad con que estas causas afectan a cada una de estas es distinta. El léxico es siempre el más inmediatamente afectado; más a largo plazo, la gramática; y, por último, de manera aún más lejana, la fonología. Es natural que así sea, puesto que, de los tres componentes de la lengua, es el léxico el que más directamente refleja las realidades extralingüísticas.

Naturalmente, para comprender un estado de lengua es indispensable disponer de una mínima perspectiva histórica. Siendo la lengua un hecho social, el hecho social por excelencia, es natural que todo cambio ocurrido en un grupo humano se refleje en la lengua de ese grupo. Ya hemos dicho que, así como en el sistema gramatical y en el fonológico esos reflejos son escasos, lentos y poco perceptibles, en el léxico se

producen con gran rapidez, ya en forma de nuevas palabras, ya en forma de nuevos contenidos para las palabras previamente existentes. Decía Migliorini, condensando esta idea, que, si para los cambios gramaticales la unidad de medida podría ser el siglo, para los lexicales basta una generación, o aun menos, si se tratara de épocas de grandes alteraciones. Ahora bien, conviene tener en cuenta que para hablar de un cambio consumado en el léxico es preciso que la aparición de una nueva palabra, o de un nuevo sentido, no sea un uso ocasional o corresponda a una lengua especial (por ejemplo, al argot de los estudiantes o al lenguaje científico), sino que consista en una aceptación dentro de la lengua común. Desde este punto de vista, las innovaciones en el léxico son mucho más reducidas de lo que puede inducirnos a pensar nuestra propia experiencia, que está tejida, no solo del conocimiento del léxico común, sino de los léxicos especiales de aquellas esferas con las que, por nuestra profesión o por nuestro género de vida, estamos en contacto cada uno de nosotros.

¿Cuáles son los factores que han condicionado la evolución del léxico en los últimos cien años?

Citemos en primer lugar los acontecimientos políticos. No cabe duda de que la Guerra Civil de 1936 es el más relevante. Y para la lengua, como para la vida del país, no solo es relevante por sí misma, sino por sus muchas consecuencias. Pensemos, por ejemplo, en la trascendencia que había de tener para la lengua el cambio de un régimen liberal a un régimen autoritario; el cambio de una prensa más o menos libre a una prensa controlada, el desplazamiento de la pasión popular por la política a otros centros de interés, como el fútbol; el aislamiento económico y cultural de nuestro país, durante algún tiempo, por razones políticas, etc. Y después, el salto de un partido único a una pluralidad de partidos.

La vida militar, no solo en la guerra sino en la paz, con el servicio militar obligatorio, con los desplazamientos y la mezcla de hombres de distintas regiones, ha sido un factor que siempre ha contribuido a la uniformación lingüística. En los primeros años del siglo XX, el servicio militar era para muchos el único medio de contacto con un ambiente ajeno al de su dialecto local.

La relación entre la Administración y los administrados es otro elemento influyente en la evolución del léxico. Efectivamente, el individuo se ve cada vez más obligado a entender una terminología que, a fuerza de repetida, acaba posesionándose de él.

El desarrollo material, el incremento de la industria, del comercio, de los viajes, lleva a una más intensa renovación del léxico. Es ésta la vía principal por donde irrumpe la terminología científica y técnica. «La ciencia –dice Brian Foster– es una de las más poderosas influencias que hoy modelan la lengua en moldes nuevos. La escritura científica no es altamente estimada por su elegancia; pero la jerga científica y los modos de pensar científicos (añadía Foster) empiezan a destacar, inevitablemente, en una sociedad que hace equivalentes la civilización y los grifos de baño cromados».

En fin, la progresiva universalización de la cultura, al llevar consigo una paralela universalización del lenguaje culto (más acusadamente, del lenguaje técnico y científico) es una importante y constante ventana abierta al cambio léxico.

Estos son –los vistos hasta aquí– factores generales que residen en la misma sociedad hablante. Pero hay otros factores que están en el propio vehículo de transmisión de la lengua.

Una de las características de nuestro siglo y del pasado es la potencia creciente de los que pedantesamente se llaman «medios de comunicación de masas». El periódico, cuya importancia fue consolidándose a lo largo del XIX, llegó al segundo cuarto del XX como señor casi absoluto de la comunicación general (existía también, claro, la literatura –especialmente la literatura «sub» –, y en literatura incluyo también el teatro). Pero en 1924 se introdujo en España la radio, cuya popularidad se produjo en el decenio siguiente y se mantuvo en auge hasta los años 60, los cuales marcaron a su vez el comienzo de la era de la televisión. A estos medios era preciso añadir el cine sonoro, que, aunque nacido en 1927, no empezó a presentar en España producciones habladas en español, o dobladas en este idioma, hasta unos años más tarde; la verdadera importancia lingüística del cine comenzó en los años primeros de nuestra posguerra, cuando se hizo obligatorio el doblaje de todas las películas extranjeras.

El influjo de cada uno de estos medios sobre la lengua común, y consiguientemente sobre el léxico común, es diverso. El periódico es, sin duda, el menos masivo de los cuatro; su índice de lectura en España es todavía bajo, a pesar de que después de la Ley de Prensa de 1966 se observó un crecimiento del interés general hacia las publicaciones periódicas. La escasez relativa del público del periódico con respecto al de otros medios, puede quedar compensada por el hecho de que generalmente *leemos* con más atención que *oímos*. (Observen ustedes cómo, en el uso corriente, decimos *leer* el periódico, más bien que *mirarlo*; y que, en cambio, es mucho más frecuente que digamos *oír*, que no *escuchar*, la radio; y, sobre todo, es mucho más

frecuente *ver* que *mirar* la televisión.) En todo caso, el peso de la prensa sobre la lengua es notable. El periódico traduce a una lengua asequible a la mayoría conceptos que muchas veces son propios de una especialidad, al tiempo que divulga términos que son exclusivos de ella. Por otra parte, al nutrirse los periódicos de noticias suministradas por unas mismas agencias informativas, ayudan, todos a una, a la difusión simultánea, por todo el territorio nacional, de los mismos neologismos.

Se ha comentado muchas veces la gran importancia de la radio y la televisión. (Generalmente se olvida citar, al lado de éstas, el cine.) Estos medios, se dice, aventajan al periódico, difusor de la palabra escrita, en ser difusores de la palabra *hablada*. Por paradójica que parezca mi objeción, diré que esto solo es verdad hasta cierto punto. En efecto, lo que realmente nos dan el cine, la radio y la televisión no es *lengua hablada*, sino *versión oral de la lengua escrita*: lectura o recitación aprendida de memoria, de textos escritos. Solo se exceptúan, en radio y televisión, ciertas improvisaciones de locutores o presentadores, y las respuestas de personas entrevistadas; y aun en muchos de estos casos hay que descontar un elemento de *afectación* de la espontaneidad, al lado de la postura formalizante que la mayoría de las personas adoptan delante de un micrófono y que les hace buscar instintivamente una expresión más aproximada al modo de la lengua escrita.

La importancia lingüística de estos medios de comunicación orales es, de todos modos, innegable. Difunden un tipo de pronunciación bastante uniforme y «neutro» por todo el país. Difunden, en general, la forma media de la lengua de una manera que llega a todos los niveles de hablantes, más penetrantemente que lo hizo nunca la escuela.

Conectada estrechamente con los medios de comunicación de masas, o más bien integrada en ellos, está la publicidad. La publicidad ha adquirido en los últimos años del siglo XX una importancia enorme; persigue al individuo con tenacidad hasta los últimos rincones de su existencia. Con imágenes o sin ellas, con música o sin ella, prácticamente nunca prescinde de las palabras, aunque estas a veces se reduzcan al nombre del producto anunciado. Precisamente los nombres comerciales, machaconamente divulgados, acaban siendo acogidos por la gente como nombres comunes; recordemos la fortuna de palabras como *mecano*, *gramófono*, *formica*, *nailon*, *turmix*, *scalextric* y los *Michelines*. La búsqueda de la originalidad, para atraer la atención, hace que el lenguaje publicitario acuñe formas o usos nuevos que, gracias a la reiteración, acaban a veces incorporándose a la lengua común. Por ejemplo, el adjetivo *drástico*, que en nuestra lengua solo tenía uso en medicina (todavía el *Diccionario* de la Academia de

1956 definía «Dícese del medicamento que purga con grande eficacia o energía»), pasó al dominio común, con distinto contenido, por obra de las «drásticas rebajas» que con persistencia empezó a anunciar, hará medio siglo, un gran comercio de Madrid. Otras veces no es la persecución de lo nuevo y llamativo, sino la economía, lo que ha dado lugar a la creación de palabras o de nuevas acepciones. Esto ocurre en los pequeños anuncios, donde, por ejemplo, *exento* significa «exento de contribución durante X años»; o donde se forjó la palabra *semiesquina*, que hoy es de uso corriente. De las carteleras de espectáculos saltaron al uso común las calificaciones de *no apto* y *apto*, hoy ya desusadas, con el significado de «obsceno o picante» y lo contrario, respectivamente, los cuales, en su origen, solamente señalaban si una película era o no permitida a espectadores menores de catorce años.

En general, los medios de comunicación de masas, incrementados con la potente carga de la publicidad, llevan a cabo una constante acción unificadora en el terreno léxico, al difundir una norma común a expensas de las variedades léxicas locales. Al mismo tiempo, esa acción unificadora va teñida de una dirección *universalizadora* al llevar dentro de sí las nuevas oleadas de palabras que circulan por todo el mundo y que, cada vez con más agilidad, saltan las fronteras, unas veces bajo la forma del préstamo, otras bajo la forma del calco.

Es por estos dos procedimientos, el *préstamo* y el *calco*, como se enriquece fundamentalmente el léxico en todas las épocas, y más en nuestro último medio siglo. Paralelamente a estos dos procedimientos de *adquisición* funciona muy activamente el de *multiplicación*, esto es, el de la creación sobre la base del material léxico ya existente, principalmente por la vía de la afijación y la composición.

De la vitalidad de los procedimientos de multiplicación léxica en el momento presente anotamos, en primer lugar, el auge de determinados prefijos y sufijos, junto a la decadencia de otros. Ralph De Gorog (1965), basándose en el cotejo de dos ediciones del *Pequeño Larousse* español separadas por un lapso de medio siglo, las de 1913 y la de 1953, señaló para los tiempos modernos un incremento en el número de verbos terminados en *-ear* y en *-izar*; la creación de nuevos adjetivos en *-ón*, *-esco*, *-al*, *-il*; el mayor uso de los sufijos nominales *-ción*, *-eo*, *-ez*, *-ismo*, *-ista*, *-ada*; y, en cambio, una cierta regresión en la fuerza creadora de los sufijos *-miento*, *-dura*, *-ero*, *-dor*, *-ante* y *-ense*. Yo añadiré que hoy se observa claramente el alza de algunos sufijos como los nominales *-ado* (*accionariado*, *etiquetado*, *encofrado*...), *-aje* (*peonaje*, *frenaje*), *-ica* átono y su variante *-ática* (*panorámica*, *temática*, *informática*, *problemática*); o del

sufijo adjetivo *-al*, uno de los muchos testigos de nuestra servidumbre respecto al inglés (*educacional, transformacional, empresarial, operacional*). En el nivel coloquial, nombres como *gozada, chorrada o parida* (y otros que no me atrevo a citar aquí) atestiguan el vigor de sufijos tan clásicos como *-ada, -ida*. También en ese nivel disfruta hoy de gran vitalidad la formación de postverbiales y pseudopostverbiales en *-e*, igualmente tradicional, pero favorecida por el gusto popular ya a finales del XIX; así tenemos los modernos *ligue, alterne, descorche, desmadre*, plenamente lexicalizados, y otros muchos con carácter más espontáneo (*reconcome, trasiegue, traspuesta, farde, machaque*, etc.).

En el campo de la prefijación, dejando a un lado el auge más o menos pasajero de algún prefijo como *mini-*, cabe hoy registrar la expansión de *super-*.

Señalemos la expansión moderna de un fenómeno. Tradicionalmente, dentro, digamos, de los «cauces legales» del idioma, si se quería, por ejemplo, crear un adjetivo que calificase a una sustancia destinada a combatir la oxidación, o la congelación, o la corrosión, no se decía «un líquido *antioxidación, o anticongelación, o anticorrosión*», sino *antioxidante, anticongelante, anticorrosivo*; es decir, el prefijo + una base inalterada: «partido *interzonas*», «dispositivo *antirrobo*», «ley *antimonopolio*», «medios de represión *antidisturbios*». Por otra parte, este tipo de formación no es nuevo: no son de ahora la «máscara *antigás*» ni el «cañón *antitanque*», y el uso adjetivo del adverbio *extramuros* («San Pablo *extramuros*»). Lo que sí es de hoy es la densidad invasora de estas formaciones.

La composición –no la afijación– también presenta algunas novedades interesantes. Al lado del arsenal clásico de raíces afijas (prefijas: *neo-, pseudo-, hidro-, filo-*, etc.; sufijas *-grama, -logo, -forme*, etc.), la lengua hace ya tiempo que creó raíces prefijas “suyas” (por ejemplo *agri-* en *agridulce*, *blanqui-* en *blanquiazul*); pero no creó, en cambio, raíces sufijas. Esto solo se ha hecho más tarde, un poco toscamente. Mediante un corte arbitrario se toman un par de sílabas del fin de aquella palabra que, por su significado, actúa como matriz de toda una familia de compuestos; así *-llizos* de *mellizos*) > *trillizos, cuatrillizos, quintillizos, sextillizos, septillizos, octillizos*. Esta serie, que es muy popular, constituye un buen ejemplo autóctono de lo que se llama «palabras telescopio». Ejemplos ya bastante antiguos son *autobús* (*auto + ómnibus*) y *electrocutar* (*electro + ejecutar*); bastante más recientes son *cantautor* (*cantante + autor*) y *estanflación* (*estancamiento + inflación* [en economía]); pero todos ellos –a diferencia

de nuestros trillizos— están tomados directa o indirectamente del inglés, lengua en que el procedimiento es normal.

A menudo este procedimiento está apoyado por la existencia previa de una apócope. Así el *auto* (*automóvil*), el *cine* o *cinema* (*cinematógrafo*), la *radio* (*radiotelefonía*), la *tele* (*televisión*), que son apócopies, dan lugar a compuestos como *autotaller*, *cineclub*, *cinemateca*, *radiopatrulla*, *telediario*. De esta manera se forma una curiosa serie de raíces prefijas homónimas de las clásicas, pero realmente «nietas» suyas. Por ejemplo, el clásico *auto-*, ‘el mismo’ (p.ej. «autocensura»), que llamaremos AUTO¹-, sirvió para formar *automático*, *autocracia*, *autobiografía*, *autobombo...* y también *automóvil*. De este último nombre nace un segundo prefijo *auto-*, que llamaremos AUTO²-, que ya no tiene que ver con el significado de AUTO¹-. De AUTO²- tenemos *autocamión*, *autopista*, *autovía*, *autoescuela*. Del clásico TELE¹- tenemos, entre otros, *teléfono*, *telescopio*, *teleférico*, *televisión*. Y este último nombre ha dado lugar a la raíz propia TELE²-, que nos da *telecomedia*, *telediario*, *teleclub*, *teleserie*, etc.

De igual manera hay que distinguir FOTO¹- ‘luz’ (fotosensible, fotofobia, fotografía) y FOTO²- ‘fotografía’ (*fotogénico*, *fotocopia*, *fotonovela*); RADIO¹- ‘rayo’ (*radiólogo*, *radiografía*, *radiotelefonía*) y RADIO²- (*radioaficionado*, *radioyente*, *radiodifusión*); AERO¹- ‘aire’ (*aerofagia*, *aerodinámico*, *aerosol*, *aeronáutico*, *aeroplano*) y AERO²- ‘aviación’ (*aeronaval*, *aeromodelismo*); DEMO¹- ‘pueblo’ (*demografía*, *democracia*) y DEMO²- ‘democracia’ (*democristiano*, *demoliberal*); XERO¹- (*xeroftalmía*, *xerófilo*, *xerografía*) y XERO²- (*xerocopia*).

Un procedimiento de creación de palabras muy propio de la segunda mitad del siglo XX —aunque ya existía antes— es el de las *siglas*. Ya el poeta Pedro Salinas, refiriéndose al tiempo en que él vivía, lo llamó «el siglo de las siglas». Conocido es también un poema de Dámaso Alonso titulado «La invasión de las siglas». Por su parte, Gerardo Diego acuñó un rótulo para un artículo suyo: *Por las siglas de las siglas*.

La invasión de las siglas es un fenómeno universal, una forma más de la invasión de lo anglosajón. Se afirma —no sé si es cierto— que el gran impulso de las siglas nació en Estados Unidos durante la presidencia de Franklin Roosevelt, como consecuencia del gran desarrollo de la burocracia que entonces se produjo. Sea como fuere, a pesar de la universalidad del fenómeno, la lengua española es de las que menos han sufrido el impacto.

Es necesario distinguir con claridad siglas de *abreviaturas*. Unas y otras consisten en suprimir en la escritura el mayor número de las letras que componen una palabra o un sintagma, por razones de economía (economía de esfuerzo o economía de espacio). Pero hay una diferencia práctica: al ser leídas, las abreviaturas *se traducen a palabras*, mientras que las siglas *se leen como palabras*. *Sr. D.* se lee siempre «señor don», mientras que *O.N.U.* se lee /ónu/. Es cierto que esta distinción no es absoluta; cualquier lector escrupuloso puede interpretar su lectura, si quiere, «Organización de las Naciones Unidas»; pero esto no es más que una excepción, de ningún modo un comportamiento normal. Lo que importa es que *O.N.U.* (u *ONU*), en el uso corriente, se ha convertido en una palabra que todo el mundo emplea y comprende como un nombre propio.

Las siglas han seguido distintos caminos. En general, no solo en español, sino en muchas lenguas, se utilizan como nombres propios. Lo más corriente es que las siglas correspondan a una denominación montada sobre uno o varios nombres comunes, e ideada para funcionar como nombre propio. *URSS* (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) se dice «la URSS», de la misma manera que se dice «el Brasil». Estos usos están bastante arraigados en España. Ya antes de la Guerra Civil los partidos políticos dieron abundantísimas muestras: *U.G.T.*, *C.N.T.*, *FAI*, *CEDA*... Al terminar la guerra solo uno, uno nuevo, se mantenía a flote: *FET* y *de las JONS* (sigla, por cierto, híbrida y una de las más largas que han existido). Hoy son muchos los partidos u organizaciones conocidos por sus siglas (*PSOE*, *PP*, *UPyD*, *CiU*).

Son, por otra parte, muchas las siglas políticas o semipolíticas de origen extranjero que encontraron aceptación en España desde los años 30 hasta hoy: *G.P.U.*, *F.B.I.*, *CIA*, *RAF*, *ONU*, *UNESCO*, *UNICEF*, *FAO*, *O.M.S.*... Pero también entraron otras de entidades estatales o privadas; *I.T.T.*, *B.B.C.*, *O.R.T.F.*, los nombres de numerosas compañías aéreas... En España son también muchísimas las entidades – oficiales, semioficiales o privadas– que se denominan por medio de siglas; quizá las más antiguas sean las de *CAMPSA* y *M.Z.A.*, y la más popular, hoy, la de *RENFE* (muestra, por cierto, de lo que se ha llamado sigloide: intromisión de uno o más fonemas no iniciales que hacen pronunciable la verdadera sigla [que en este caso sería *R.N.F.E.*]; otro ejemplo de sigloide lo tendríamos en *gestapo* (*Geheime Staatspolizei*).

Pero, al lado de estas siglas de nombres comunes que funcionan como propios, están las siglas de verdaderos nombres propios. Estas han tenido bastante más aceptación en otros países que en el nuestro: *G.B.S.*, *J.F.K.*, *B.B.* Quizá sea España

menos propicia al culto a la personalidad o tenga menos instinto publicitario. Solo hemos asignado siglas personales al famoso entrenador de fútbol *H.H.*, al torero *S.M.*, y en un campo minoritario, al poeta *J.R.J.* y al novelista *C.J.C.* (el ilustre fonetista Tomás Navarro Tomás, cuyas iniciales tiene la misma simetría que los nombres anteriores, no pudo convertirlas en sigla; el sabio profesor –según le oí contar a don Rafael Lapesa– tuvo ciertas dificultades en una aduana cuando se le sorprendió portando una maleta donde estaba escrito: *T.N.T.*)

Algunas siglas han desarrollado nombres o adjetivos derivados con sufijo. Esto solo ha ocurrido normalmente con las de partidos políticos: *cenetista* (*C.N.T.*), *jonsista* (*JONS*), *seuista* (*SEU*), *cegetista* (*C.G.T.*), *aprista* (*APRA*). Solo con cierta intención burlesca he visto derivados como *onuano*, *onusiano* (*ONU*) o *usano* (*USA*), creado este último por Julio Camba.

En cambio, no es normal que una sigla no sufijada sea utilizada como adjetivo. Ocurre excepcionalmente –y por evidente anglicismo– en el caso de *USA*. Es frecuente leer en los periódicos «un diplomático *USA*», «nave espacial *USA* a la Luna», «el jefe de la delegación *USA*». Esto ocurre generalmente, aunque no exclusivamente, en los titulares. Pero lo curioso es que sea solo *USA*. ¿Por qué no «un diplomático *RAU*», «una nave espacial *URSS*»? Por otra parte, *USA* como adjetivo ya ha rebasado el empleo periodístico: hasta sustantivado, designando personas, se lee en las *Notas* de Miguel Delibes: «Dormimos en un motel, a unos kilómetros de Zaragoza, copado por los *USA*. Los *USA* dicen que se van, pero vuelven...».

Otro de los casos raros de sigla-adjetivo, nada nuevo es *K.O.* (que el pueblo pronuncia [káo]. “me quedé cao”). Más moderno es el caso de *L.P.*: «un disco *L.P.*» (pero también usado como nombre: «un *L.P.*»).

Pero lo que más importancia lingüística tiene es la sigla que se convierte en nombre común o que nace ya como nombre común. Un caso de transformación semántica en nombre común ya lo hemos visto antes: *inri*. Otro caso parecido es el de *tebeo*, que hoy designa lo que internacionalmente se llama «comics», y que viene del nombre de una de estas revistas, *TBO* (que a su vez quería ser transcripción festiva de la frase «te veo» y quizá también una parodia de la cabecera del diario serio *ABC*). Un tercer caso podría ser *I.B.M.*, que ya muchos usan como sinónimo de «computadora»; así Joan Fuster escribía: «La aspirina, y la ibeeme, y los electrodomésticos [...] evitan nuestro regreso inmediato a las cavernas».

Entre las siglas nacidas directamente como nombres comunes quizá la más antigua sea *S.O.S.* (aunque, en rigor, mejor será decir que es un mensaje trasladado a la función de nombre común). Tal vez sea su antigüedad la causa de que digamos /ése-ó-ése/ y no /sós/. Recordemos otros casos, todos de importación: *D.C.A.* (leído /déka/), *T.N.T.*, *D.D.T.*, *FM.*, *U.H.F.*, pero *TV* no del todo; frecuentemente, el que escribe *TV* lee «televisión» (es, pues, más bien una abreviatura, no una sigla). Pero muchos dicen *la té úve*. Aquí, como en el caso de las siglas-nombres propios, existe la posibilidad del calco: *OVNI* («objeto volador no identificado») corresponde a la sigla inglesa *UFO* («unidentified flying object»); *ONU* corresponde a la inglesa *UNO*, *O.M.S.* corresponde a la inglesa *WHO*, etc.

Caso aparte constituyen las siglas que entraron en el español totalmente lexicalizadas, de tal manera que jamás se tuvo conciencia de que fuesen tales siglas. Pensemos en los ejemplos de *radar* (“Radio detection and ranging”), *jeep* (“general purpose”) y *laser* («light amplification by stimulated emission of radiation»). Pero todos estos hay que considerarlos como verdaderos sustantivos importados normales.

Las siglas presentan diversos problemas, unos de tipo fonológico, otros de tipo gramatical. Entre los primeros figura el del acento. En general, se pronuncian como palabras graves cuando terminan en vocal, y como agudas cuando terminan en consonante (no la grafía, sino la enunciación). Sin embargo, hay excepciones importantes: no se dice /dedéte/ sino /dedeté/ (o, con doble acento /dédeté/; en este caso, como en otros, la vocal final pertenece al nombre de una letra, y entonces la pronunciación es aguda. Frente a esta norma general, naturalmente, no faltan vacilaciones: /radár/ y /rádar/.

Otro problema fonológico es de la ruptura de la correlación grafía/fonema. El problema no existe en *ONU*, *UNESCO*, *FAO*, *COU*, etc.; ligeramente en *URSS* /urs/; pero se presenta abiertamente en *F.B.I.* –éfe bé í–, y *U.H.F.* Este problema ha sido obviado, a veces, en español y en otros idiomas, recurriendo al sigloide, del que hablábamos antes, (interposición de uno o más fonemas no iniciales para hacer pronunciable la serie de las letras iniciales): es el caso de *Gestapo* y el de *RENFE*, el de *CESEDEN* («Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional»), *Interpol* («International Police») y *Benelux* («Belgique-Netherland-Luxembourg»). Por otra parte, no todas las siglas «legibles» se leen como palabras; deletreamos, por ejemplo, *S.O.S* /ése-ó-ése/, *K.O.* /káo/ y *USA* /ú-ése-á/.

Parece oportuno, a propósito de esto, plantear aquí un pequeño problema ortográfico: muchos escriben las siglas poniendo siempre punto detrás de cada letra; otros las escriben sin ningún punto. ¿Hay alguna norma? Migliorini propone una para el italiano que es perfectamente apta también para nuestro idioma: poner puntos cuando se leen las letras separadamente (por ejemplo, *O.M.S.*) y no ponerlos cuando se leen todas seguidas como una palabra (por ejemplo, *FAO*).

Entre los problemas gramaticales tenemos el del género. Normalmente, las siglas conservan el género del nombre principal del sintagma que se abrevia: el *COU*, la *ONU*, la *ONCE*... Pero a veces ese nombre es desconocido para el hablante medio. ¿Qué se hace entonces? Puede darse el género del nombre genérico correspondiente, diciendo, por ejemplo, la *TWA* (compañía), el *APRA* (partido); de acuerdo con esto, se diría también la *L.S.D.* (droga) y sin embargo lo corriente es el *L.S.D.* (¿estupefaciente? ¿ácido?). Puede aplicarse también la ley de analogía; así como *ONU* (o *UNO*) y *UNESCO* son femeninos, *UNICEF*, que se siente como perteneciente a la misma serie, se hace igualmente femenino en el uso más generalizado.

No faltan las discusiones. Un ilustre académico ha sostenido que *OTAN* debe ser masculino, *el OTAN*, y no femenino como quiere el uso general (*la OTAN*). ¿Razón? Que según él, en español se dice *organismo* y no *organización*: «Organismo del Tratado del Atlántico Norte». Sin duda, la extensión de *organización* a expensas de *organismo* es un anglicismo; pero también es cierto que *organización* es palabra arraigada con este sentido en español desde hace muchos años, y que tenemos «*Organización Juvenil*», «*Organización Sindical*» y «*Organización Nacional de Ciegos*». La opinión del académico no llegó a tener aceptación en el uso común, pero tuvo una pequeña trascendencia; fue adoptada durante pocos años por el diario *ABC*, uno de los más influyentes del país.

La otra cuestión gramatical que plantean las siglas es la formación del plural. Es todavía un problema de escasa importancia, pues solo afecta a las siglas-nombres comunes, que son pocas y de las que designan cosas numerables. Normalmente, su plural es /s/: /óvnis/, /dedetés/. La dificultad está en la representación gráfica: ¿cómo escribir una *s* signo de plural a continuación de un bloque de tres o cuatro mayúsculas? ¿*D.D.T.s*, *U.H.F.s*? Se plantea con esto una nueva ruptura en la correlación gráfica/fonema de que hablábamos antes.

Veamos ahora, para terminar, algunas cuestiones relacionadas con la otra gran fuente de renovación del léxico: la importación. No es un capítulo esencialmente

distinto del que acabamos de ver, puesto que gran parte de las siglas son unidades léxicas importadas, y algunos de los problemas lingüísticos que plantean estas son los propios del léxico de importación en general.

La suerte de las palabras importadas, que comúnmente se llaman *préstamos*, es, naturalmente, muy diversa. Atendiendo al grado de su incorporación, y desde un punto de vista sincrónico, hay que distinguir entre las voces extranjeras que el idioma ha asimilado totalmente a su sistema, voces ya «digeridas» por la lengua, que son los *préstamos* propiamente dichos, y las palabras que en su grafía, o en su pronunciación, o en ambas cosas a la vez, acusan en los hablantes una conciencia de que emplean una palabra extranjera, voces que todavía se sienten «enquistadas» en el idioma: son los *extranjerismos*. Un ejemplo de préstamo sería *jardín*, palabra que el castellano tomó del francés en la Edad Media y que hoy utiliza todo el mundo sin plantearse ni remotamente su origen forastero. Un ejemplo de extranjerismo, en cambio, lo tenemos en la palabra *sketch*, que suele escribirse entre comillas.

Como ocurre con todas las cosas de la lengua, la distinción entre los dos miembros de la clasificación no es tan sencilla ni tan clara como la muestran estos dos ejemplos escogidos con cierto paternalismo. ¿Qué pasa con palabras como *club*? Este vocablo se usa en español desde la primera mitad del siglo XIX, fue registrado por el *Diccionario* de la Academia en fecha relativamente temprana y es perfectamente conocido por todos los niveles de hablantes. Su pronunciación en el nivel culto es /klub/ y en el popular es /klu/. (Variantes populares ultracorrectas son /klú/ y /klus/.) Esta discrepancia entre la grafía y la pronunciación culta por un lado, y la pronunciación popular por otro, es debida a la terminación /b/, fonológicamente anormal en español. La discrepancia se hace perceptible también en la morfología: el plural del término culto /klub/ es /klubs/ y el del popular /klu/ es /klus/; donde también resulta que el plural culto es extraño al sistema español, mientras que el plural popular se acomoda más a él. La forma de plural *clubs* está ratificada por la Academia en su *Gramática*, pero en América no se acepta esa forma extranjera y se usa *clubes*, también arraigado en España. Tenemos, pues, aquí el caso de una palabra que, integrada firmemente en el léxico desde hace mucho tiempo y hasta aceptada «oficialmente» por la Academia, no ha alcanzado una perfecta integración fonológica ni morfológica.

Claro está que la perfecta integración fonológica no solo es un problema en los extranjerismos, sino en los cultismos: de igual manera que *club* en el hablante popular es /klu/, *examen* es /esámen/, *objeto* es /oxéto/ y *construcción* es /kostruθión/. Y el

desajuste no solo se produce en los cultismos, ni solo en el nivel estrictamente popular: pensemos en palabras tan corrientes como *usted* y *reloj*, que casi todo el mundo pronuncia /usté/ y /reló/. Es preciso, pues, contar siempre con ese margen de variantes en las realizaciones de los fonemas, y por consiguiente es preciso también no dar demasiada importancia a ciertas dificultades fonológicas como las que hemos visto en el caso de *club*.

Desde el punto de vista fonológico, que alcanza también a la grafía, podríamos establecer cuatro grados de adaptación en los extranjerismos.

Un primer grado correspondería a las palabras extranjeras que han penetrado con toda suavidad porque en todos sus aspectos están en armonía con el sistema del español. Es el caso, por ejemplo, de la voz *bar*.

El segundo grado es el de las palabras que han sido objeto de una adaptación fonética y ortográfica al español, como ocurre con *chófer*, del francés *chauffeur* (que en América es, más lógicamente, *chofer*); o con *champán*, del francés *champagne*.

Un tercer grado es el de aquellas palabras que han llegado a una pronunciación española uniforme, pero a pesar de ello mantienen su grafía original extranjera. Tal es el caso del francés *beige* > español /beis/.

El cuarto grado es el de los vocablos que muestran su inadaptación en una pronunciación vacilante. Por ejemplo, *cliché* /clié/, /clisé/; *lunch* /lanê/, /lonê/, /lunê/; *drugstore* /drastór/, /drástor/, /drustóre/, /drastóre/. O en la conservación de fonemas extraños al sistema español: *hippy*, *flash* /hípi, flaš/ (también /xípi, flas/).

En cuanto a los problemas morfológicos, son de tres tipos. En primer lugar, la sufijación. No hay dificultad cuando el término invitado es portador de un sufijo que tiene correspondiente en español, como ocurre con el francés *-age* (y así tenemos los numerosos *garaje*, *montaje*, *maquillaje*, *doblaje*, *rodaje*), o con el inglés *-al* (y así tenemos *educacional*, *opcional* y *operacional* de hoy). Lo malo empieza a ocurrir cuando el sufijo es un “falso amigo” y nos trae voces como *tricotosa*, *remallosa* y *microlentilla*. O como cuando no damos con la manera de adaptar un sufijo como *-ing*, apadrinador de centenares de voces de la técnica, de la ciencia, del comercio, del deporte y de la vida común, desde el *dancing* de nuestros mayores hasta el *streaking* de nuestros menores.

Otro problema morfológico es el del género de los nombres de cosas. En este aspecto, los anglicismos no suelen ofrecer dificultades: normalmente se les atribuye el género masculino. En cuanto a las palabras francesas e italianas, lo más frecuente es

respetar el género originario. Pero no es raro el galicismo empleado como masculino en lugar del femenino francés originario: *el affaire*, *el popelín* o *el celofán*; o viceversa, como *la masacre*; o ambiguamente, como *el cassette* y *la cassette*.

La formación del plural tiende a resolverse de acuerdo con el principio de aplicar el formante /s/ a todos los nombres que terminan en vocal, que son los menos; el formante /es/ a los que terminan en consonante + /n, l, r/ (*chóferes*, *goles*), y un formante que es /s/ en la grafía y en la pronunciación esmerada, y Ø en la pronunciación relajada, para todos los demás casos (*boutique*, *camping*, *western*). Naturalmente, esta es solo la tendencia general. Estudiar la compleja casuística de esta materia nos llevaría un tiempo del que nos disponemos.

La fortuna de los préstamos depende muy principalmente del ambiente en que se producen. Un gran contingente de ellos penetra por la puerta del lenguaje técnico y científico (empleo ahora estos dos términos en un sentido muy amplio). En este campo, si la palabra extranjera no se sustituye tempranamente por una española, lo más probable es que sea adoptada de manera definitiva por todas las personas pertenecientes a esta actividad o especialidad.

La trascendencia que el préstamo técnico y científico tiene en la vida de la lengua depende de la conexión que cada ciencia y cada técnica tenga con la vida común. Es muy importante considerar este factor a la hora de enfrentarse con el problema de los extranjerismos. No puede compararse la penetración de términos de la vida intelectual, como *Weltanschauung*, *leitmotiv*, *nouveau roman*, *kitsch*, con la de los términos del automóvil y la carretera, o con la del deporte o del espectáculo.

¿Qué actitud toman los españoles ante el extranjerismo léxico? En general, la misma que ante la vida. Los hay decididamente abiertos, e incluso boquiabiertos. Los hay furiosamente conservadores respecto a su lengua, que miran con recelo todo lo que viene de fuera.

Oficialmente, ha habido una sola época de nacionalismo lingüístico: la de la «autarquía», de 1939 a 1950, aproximadamente. Se nacionalizaron entonces muchas palabras extranjeras que circulaban corrientemente, por ejemplo, en el deporte, y, aunque, en algunos casos fue con éxito (verbigracia *match* → *encuentro*, *back* → *defensa*, *speaker* → *locutor*), en general no llegó a cuajar en resultados visibles. Se intentó sustituir *hotel* por *hostal* (sin ver que, si *hotel* era francés, *hostal* era occitano), *menú* por *minuta*, *cóctel* por *combinado*, *sándwich* por *emparedado*, *récord* por *marca*,

balet por *bailete*, *coñac* por *aguardiente jerezano* primero, después por *jeriñac*. Era la época en que la *ensaladilla rusa* cambió su nombre por *ensaladilla nacional*.

El aislamiento en la lengua suele ser tan perjudicial como los de la cultura y la política; en realidad, es consecuencia de ellos, y por esto va siempre unido a ellos. Si no es deseable una actitud de ciega aceptación de todo lo extranjero, que es colonialismo, el aislamiento contrario es imposible si se desea convivir en un mundo donde la uniformidad cultural lleva a una progresiva «internacionalización» de las lenguas.

Los extranjerismos son necesarios y no se puede impedir que entren; lo que sí se puede impedir es que trastornen el sistema de la lengua: es cierto que la proporción de ellos en el español actual es muy inferior a la que hay en el francés e incluso en el italiano. Pero no por ello deja de existir la tendencia ascendente, que aumentará sin duda en los años próximos. En cualquier caso, no hay que olvidar que los idiomas tienen un robusto aparato digestivo que a la larga retiene solamente aquello que de verdad es útil a los hablantes, puesto que siempre, absolutamente siempre, están hechos a la medida de estos. «Todo idioma –dice Américo Castro– tiene suficiente vitalidad para asimilar o expulsar elementos extraños, y cuando esto no ocurre, es que está a punto de dejar de existir, y entonces casi no vale la pena ocuparse de él».

Manuel Seco